

EL CANTÁBRICO

DIARIO DE LA MAÑANA

SANTANDER.-Año XIX.-Número 7.467

Director: DON JOSE ESTRAÑA

Viernes 7 de noviembre de 1913

POR TIERRAS DE CAMPÓO

El pantano del Ebro

Las minas de «La Cantábrica».— Las tierras refractarias.— Los «Charbonnages» de Renedo.— La «Cristalería Española».

Dejé en su despacho al señor director general de «La Cantábrica», y con su permiso recorrí detenidamente los hornos. En un pasillo, como en el fondo de una mina, un hombre enano picaba piedras de carbón, blandiendo su martillo como un gnomo. Al pasar junto a él me miró fijamente, clavándome los ojos, como receloso de mi curiosidad. Desde la calle, donde el Sol alegraba la vida, ví entre sombras al hombrecillo evocar con su figura los genios barbudos que la leyenda pone viviendo entre tesoros.

En Las Rozas, junto á la venta de Canuto, encontré al director facultativo de las minas de carbón que explota «La Vidriera», don Román Valle. Me habló brevemente del proyecto, facilitándome noticias de interés, con la autoridad que tiene su intervención en las explotaciones.

El pantano alcanza bastante á la mayor parte de las pertenencias mineras de su dirección; pero aunque las perjudica notablemente, no puede decirse que habrá de dejarlas en absoluto inútiles para ser explotadas. Sí habrá que «atacarlas» por sitios diferentes de los actuales y realizar trabajos que hoy no son necesarios, con los cuales se recargará el presupuesto de gastos.

La explotación se interrumpe en la actualidad temporalmente, coincidiendo con las vacaciones de «La Cantábrica», y se reanuda en cuanto los hornos han recobrado su actividad. Hay ahora en las minas 170 obreros, con probabilidades de ser aumentados, y se explotan, aproximadamente, cincuenta toneladas diarias.

En Renedo explota tierras refractarias la Sociedad Arístegui y Castillo, que tiene empleados diez o doce trabajadores. La bocamina está situada á una distancia de doscientos metros del apartadero para la línea de la Robla. Estas explotaciones sufrirán también algunos perjuicios, porque habrá que modificar la forma del transporte para el embarque de las tierras con destino a Bilbao.

En el mismo pueblo están las concesiones de la Sociedad francesa «Charbonnages des Renedo», de las que es administrador-director Mr. Martín Castadot. Hace tres años la Sociedad reanudó antiguos trabajos que resultaron infructuosos anteriormente, y hoy se está todavía en el período de investigación.

Con la proverbial cortesía francesa, Mr. Castadot me habló también de los trastornos que, á su juicio, han de sufrir las concesiones que dirige. Mientras fumaba una enorme pipa, dorada por el humo del tabaco, decía con acento marcadamente francés:

— Los perjuicios han de ser necesariamente grandes, aunque no hagan imposible la explotación, porque ésta resultará más cara y menos segura, ya que el proyecto del señor Lorenzo Pardo viene á perturbar los medios de establecerla, con evidente merma de las utilidades. Las concesiones forman mil pertenencias, y casi todas serán inundadas por las aguas del pantano.

La explotación, pues, será difícil y habrá que hacerla conforme á un plan completamente distinto del que se sigue ahora, pues el pantano interesa á los trabajos establecidos, entre ellos dos pozos del pueblo de Villanueva, y otros que

están ya proyectados como preparatorios de la explotación.

En Las Rozas, el tren de la Robla me llevó hasta Arija. Desde la ventanilla vi la inmensa llanura de la Virga, extendiéndose triste y solitaria como un desierto, mostrando á trechos sus juncales cenagosos. El río corría valle abajo, turbio por las lluvias de los días pasados, y en sus aguas lavaban, aquí y allá, grupos de mujeres y bebían las vacas. Algunos potros sueltos, en indómita independencia, huían espantados del tren, dando al aire sus crines y levantando con el furioso galopar nubes de polvo espeso.

Del otro lado, en los altos del valle, una vegetación más frondosa y un paisaje más rico de vida y color, alegraba la vista. Las praderas ofrecían el tono de su verdor opulento y pródigo, y las casas aldeanas asomaban la mancha roja de sus tejados entre macizos de árboles. La espadaña de las iglesias se erguía en el espacio, cuya sonoridad turbaba el vespertino sonar de las campanas. Y junto á las guardesas, que tendían al viento el paño verde de la banderola, algunos muchachuelos agitaban las gorras y saludaban á gritos: — Adiós, adiós...

En Arija, abierto y descampado, hacía frío, mucho frío. Había dejado atrás la tierra montañesa y ya estaba metido en la hermana tierra de Burgos. El aire helado y sutil me trajo el recuerdo de las noches pasadas en la capital castellana, viendo las góticas agujas de la Catedral perfilarse en la serenidad del alto cielo, mientras la nieve caía posándose en los ventanales de la augusta casa de Dios.

Junto a la estación están los hornos de la «Cristalería Española», importantísima industria que sostiene cerca de 200 obreros y ha llevado á aquella región alicientes de progreso y de vida. Su instalación recuerda la de Solvay, en Barreda, con sus nuevas edificaciones, sus calles alineadas, sus chimeneas en constante actividad, pulmones que echan al aire la respiración del trabajo, y su tráfigo constante en las naves donde las máquinas rugen un himno de hierros y cristales, entre los hornos encendidos que arrojan vivas llamaradas de incendio.

En su despacho visité al director técnico, Mr. Mauricio Domain. Me recibió cortésmente, excusándose con mucha delicadeza de dar al público su opinión.

— Yo creo — me decía — que debe usted escribir, si le parece, al gerente, que se encuentra en Bilbao. Yo no sé más que dirigir estos

trabajos... No quiero ni debo decir más... Et voila tout...

Yo respeté la razón de su reserva.

Luego me invitó á recorrer la fábrica. Acompañado del médico don Fidel Merino, fui viéndolo todo, todo, entrando en talleres, almacenes y oficinas, unos en plena actividad y producción, otros vacíos y silenciosos con la ausencia de los obreros, ya acabada la jornada de trabajo.

Del Consejo de administración de la «Cristalería Española» forma parte el ilustre aragonés don Basilio Paraíso. En Arija me enteraron de la opinión que se le supone acerca del pantano del Ebro, en lo que se refiere á la importante explotación industrial. Dicen que el proyecto alcanza á varios de sus yacimientos de arena, si no á todos, pero que estos perjuicios, ni otros mayores que pudieran ocurrir, serían para el señor Paraíso motivo de obstrucción ni entorpecimiento para la realización de las obras. Así dicen...

Desde Arija, bien entradas las sombras de la noche, volví á Las Rozas para seguir mi excursión. Al pasar por Arroyo, junto á los hornos de «La Cantábrica», recordé la figurilla del hombre enano, que picaba carbón como en el fondo de una mina. Y hasta me pareció que sonaba en la noche el golpear de su martillo, como el de las doradas piquetas de los gnomos de la leyenda.

JOSÉ MONTERO.